

III. Entender a los *milenians*

Guillermo Gómez Granero(MU-SA)
Formador y Asesor vocacional



Son los hijos del nuevo milenio (*milenians*) y solemos verlos acomodados, sin experiencia, excesivamente virtuales e ingenuos, hedonistas, con poca capacidad de esfuerzo y aún menos compromiso, más un largo etc. que no vale la pena. Lo achacamos a que lo han tenido demasiado fácil y a los dudosos modelos en los que se apoyan: la televisión, la primacía del ego, la satisfacción rápida de apetencias, nula resistencia a la frustración, dudoso concepto del éxito, competencia destructiva y poca capacidad de colaboración...

Pero, si nos paramos a pensar... ¡horror!, ese modelo que observan atónitas las nuevas generaciones, ¡somos nosotros! El mundo que tanto criticamos, no vamos a decir que ha sido construido por nosotros, pero sí *con* nosotros. Con tan nefas-

ta influencia hacen lo que pueden para redirigir sus vidas. Y sin ser alarmistas: ¿quiénes son, qué observan y cómo se van adaptando?

No todos son víctimas o victimarios, producto del Bulling que a los medios les gusta tanto. Ni todos son “ni-ni”, ni agresivos adolescentes o carne de “Hermano Mayor”. Nada de eso les representa. Los de veintitantos son 2,3 billones de jóvenes digitales, fluidos, globales y, la mayor parte, muy preparados.

1. ¿Qué han visto sus ojos que ha marcado su concepción del mundo? Algo de los “baby boom” (la generación de los 60 y 70) les habrá llegado. Era esa generación que se esforzaba enormemente a través del sacrificado trabajo y creaba empresas desde la nada. O que empezaban desde lo más bajo y escalaban peldaño a peldaño su futuro, gramo a gramo, peseta a peseta. Con enorme sentido de sacrificio y responsabilidades claras, específicas e individuales. Comprometidos con la familia y la sociedad para toda la vida. Un trabajo garante de la seguridad de su familia, incluida la enfermedad, la jubilación y la muerte. Todo tenía después su compensación, fines de semana, chalet, vacaciones, jubilación.

Pero éstos han visto que toda esa energía no asegura su futuro. Muchos esforzados han perdido sus trabajos o sus empresas han caído incapaces de reajustarse. Muchos han hipotecado su vida en pos de una quimera con trabajos que no les gustaban; algo sin sentido para los *milenians*.

Los del nuevo milenio han observado también a la “generación X”, la mía, la mayoría de los actuales docentes. La generación de la prisa, de la comida rápida, de la ambición, del crecimiento veloz, de la autonomía, de los méritos y la oportunidad. Los adictos a vivir para trabajar, trabajar para triunfar. Trabajar mucho y conseguir mucho

y rápido, para disfrutar los placeres de las conquistas. Dinero para cambiarlo por lo que te gusta, descanso, ocio, aventuras, viajes o cualquier otra cosa. Promesas que no siempre llegan y dan como resultado poco tiempo y atención de mala calidad a los jóvenes, precisamente.

Tras observar las dentelladas que se dan unos a otros los perseguidores del éxito, los *milenians* no se dejan llevar por falsas promesas, ni de éxito ni de lucha para ser alguien el día de mañana ni de seguridad ni de la credibilidad de la experiencia, títulos o méritos. Nos siguen la corriente, pero no se creen nuestro discurso, porque no somos congruentes: hay que esforzarse, pero los que triunfan y acaparan nuestra atención y discurso no siempre lo hacen ni lo han hecho ni son modelos de conducta. Y, mientras nos observan, corren el peligro de quedarse adormecidos: nada de esto les vale.

2. Quieren ser algo ahora, hoy. Que les satisfaga lo que hacen y en lo que trabajan, que sea parte de su proyecto de vida. Que les aporte cada día y, para eso, están conectados y son capaces de aprender de los mayores y de la experiencia, pero

desde el respeto y la igualdad. Creen en la sostenibilidad y los proyectos sociales y en el impacto de su proyecto en la sociedad.

Quieren disfrutar cada día y, si trabajan en eso mucho mejor, porque no aceptan cualquier trabajo, ni el esfuerzo porque sí. Si tal empresa no existe, la crearán ellos mismos. Más de la mitad ya está pensando qué emprenderían. Y, como emprendedores, se comprometen y aman su trabajo. Por eso crean fácilmente redes de colaboración: no ven competidores, sino compañeros de juego. Si alguien compete en este entorno, lo tiene difícil; no es fácil superar a quien, más que el trabajo, ama lo que forma parte de su proyecto de vida.

Son flexibles y aprenden continuamente. Les interesa más el camino que la meta, porque no han visto nada asegurado. Quieren descubrir por sí mismos y necesitan *feedback* constante y nuestro reconocimiento. Conectan pasión y trabajo. El éxito se relaciona con el placer y son impacientes. No les estimulan proyectos a largo plazo. El compromiso surge de manera espontánea cuando el propósito está claro. Esto les mueve, no el empleo



o la tarea. Buscan espacios para compartir, movilidad y gestión propia de horarios y recursos.

3. Por eso, como docentes, importa situarnos en una difícil humildad: no hay que saber todo, ni darles respuestas, sino preguntas, dejarlos que se organicen solos, darles retos y no tareas, dejarlos soñar, que se equivoquen, ayudarlos a definir sus propósitos, no pensar por ellos, como si tuviésemos las respuestas...

A veces en clase simulo que no funciona el ordenador o que me he confundido de tema. Les planteo qué darían y cómo, y sorprendentemente sale lo mismo o mejor que lo preparado por mí.

Lo siento, pero cuando hablamos de miedo al futuro, descontento social, falta de valores, incongruencia y todos esos tópicos conocidos y nos sentimos frustrados por no comprenderlos... en realidad, no hablamos de ellos, sino de nosotros mismos.

A veces hablamos como si fuesen el enemigo, pero sólo son supervivientes en una encrucijada. No se creen nuestro mundo ni nuestros mensajes, incongruencia y superficialidad. La televisión y la comida basura no las crearon ellos, sino nuestra generación y, luego, decimos que no la vean o que coman bien...

No saben si rebelarse o adaptarse. Si se adaptan, los medicamos por hiperactivos o bipolares, o están adormecidos. Tampoco se van a rebelar; serían estúpidos porque están cómodos y, además, no nos gusta, porque decimos que carecen de compromiso y de valores..., los nuestros, claro.

Por eso nos siguen el juego, les interesa. Pero no claudican en sus principios, juegan suave y, cuando hay oportunidad, ¡sorprenden! Cuando miro sus trabajos y sus proyectos emprendedores me ha-

cen vibrar e ilusionarme; sus ideas rebosan de humor y de una inocente buena voluntad. Comprometidos socialmente, buscadores en todos los sentidos, les preocupa el medio ambiente, creativos, aprendices de la vida.

Con el tiempo he ido cambiando la forma de ver su mundo. Corremos el peligro de enfocar tanto lo que les falta, que dejemos de ver lo que ya son y lo que aportan. Lo que les falta, además, para llegar a qué; ni siquiera eso tenemos claro. Tras esta libre reflexión – por la que pido perdón, si ofendo alguna sensibilidad – puedo decir que “yo de mayor quiero ser como ellos”.

